

Bordado

Ray Bradbury

Las tres mujeres esperaban en el pórtico entre el olor a rosas y césped cortado.

—¿Qué hora es ahora?

—Falta un minuto para las cinco.

Las agujas destellaban fuego plateado. Nadaban como un pequeño cardumen de peces metálicos en el aire de verano que oscurecía.

A lo lejos, el zumbido de un mosquito. Luego, algo así como el temblor de tambores. Las tres mujeres inclinaron sus cabezas, escuchando.

—No vamos a oír nada, ¿no?

—Dicen que no.

—Tal vez somos ingenuas. Tal vez seguiremos, después de las cinco en punto, desgranando arvejas, abriendo puertas, revolviendo sopas, lavando platos, preparando almuerzos, pelando naranjas...

—¡Ay, cómo nos reiremos pensando que estuvimos asustadas por un viejo experimento! —Se sonrieron por un momento.

—Son las cinco en punto.

Con estas palabras, en silencio, se pusieron a trabajar. Sus dedos iban a toda velocidad. Sus rostros estaban fijos en los movimientos que hacían. Hicieron patrones frenéticos. Formaron lilas y césped y árboles y casas y ríos en la tela bordada. No dijeron nada, pero se podían escuchar sus respiraciones en el aire silencioso del pórtico.

Pasaron treinta segundos.

La segunda mujer suspiró finalmente y comenzó a relajarse.

—Creo que sí iré a desgranar las arvejas para la cena—dijo—. Yo...

Pero no tuvo tiempo siquiera de levantar la cabeza. En algún lado, por el rabillo de su ojo, vio el mundo iluminarse e incendiarse. Mantuvo la cabeza gacha, ya que sabía lo que era. No levantó la mirada, tampoco lo hicieron las demás, y en los últimos instantes sus dedos volaban; no miraron a su alrededor para ver qué le

estaba pasando al país, al pueblo, a esta casa, o incluso a este pórtico. Solo miraban el diseño en sus titilantes manos.

La segunda mujer vio irse una flor bordada. Intentó bordarla de nuevo, pero se volvió a ir, y luego desaparecieron el camino y las briznas de césped. Vio un fuego, casi en cámara lenta, incendiar la casa bordada y destejarla, y quitarle cada hoja enhebrada al pequeño árbol verde en el bastidor, y vio como el propio sol se desarmaba en el diseño. Luego el fuego alcanzó la punta de la aguja, mientras esta todavía destellaba; vio el fuego treparle por los dedos y los brazos y el cuerpo, desenrollando el hilo de su ser tan meticulosamente que pudo verlo todo en su diabólica belleza, arrancando el patrón del material a mano. Qué le estaba haciendo a las otras mujeres o a los muebles o al olmo en el patio, nunca supo. Porque ahora, isí, ahora! estaba jalando el bordado blanco de su carne, el hilo rosa de sus mejillas, y por fin encontró su corazón, una suave rosa roja cosida con fuego, y quemó los frescos y delicados pétalos bordados, uno a uno...